

Los tres mosqueteros

Entrevista con Jesús Marinetto, autor de *El céntimo*

Los tres mosqueteros ofrece picos de intensidad emocional, frases que cotizan en la bolsa de valores vital. Alejandro Dumas escribe: «No se teme nada de los que nos aman».

Y escribe, adornado de ribetes: «Vayamos, pues, a hacernos matar donde nos ordenen ir».

Y escribe, con los alamares de la subyugación literaria: «Era aquel uno de los sucesos que decide la vida de un hombre».

El quinto mosquetero, después de Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan, podría ser Jesús Marinetto (Granollers, Barcelona, 1973), con las gafas en forma de pabellón, la boca acopada cuando de ella salen historias o historietas y participado de una laboriosa longanimidad. Jesús es fiel servidor de la justicia, que la define así: «Es el medio de hacer cumplir las leyes, aunque sean leyes injustas».

Jesús Marinetto se presenta como abogado y escritor de novelas de aventuras que se manchan de tal manera que acaban siendo novelas negras. Acaba de publicar *El céntimo* (2023), la trama de una corporación que roba más de lo que puede gastar.

«Era aquel uno de los sucesos que decide la vida de un hombre.»

En lo que a Jesús concierne, el verano de 1992 se prestó para los cambios de sentido, los acelerones y las rasantes.

«Yo disfrutaba de los Juegos Olímpicos. Además, Granollers, donde vivía, fue sede de las competiciones de balonmano. No sé por qué, ese verano cogí los libros que no había leído en el bachillerato y los devoré. Novelas de Benito Pérez Galdós, Graham Greene, Stephen King y, especialmente, John Grisham con su *Tiempo de matar*. Y luego la lectura me llevó a la escritura.»

Este servidor sin rocín tocaba las páginas con tal devoción que en ellas veía lonjas de jamón. Como al amigo Don Alonso, se le subió la gloria a la cabeza, pero en vez de caballero prefirió la prestancia del «litigador». Por eso se matriculó en Derecho, para aprender del ordenamiento jurídico lo que era la curatela, la patria potestad y el tercio de libre disposición. Con los años, estos conceptos los trocaría por estos otros: narrador omnisciente, verosimilitud y linealidad. Se apuntó a los turnos de oficio, influido quizá por aquella serie televisiva del director Antonio Mercero. Abrió su propio despacho. Cerró su propio despacho. Y sigue pleiteando, lo que equivale al «desfacer entuertos» quijotesco o a la «confianza absoluta y adhesión a toda prueba» del proverbial espadachín.

Jesús le sigue dando vueltas a la cabeza. En sus novelas siempre hay un inocente y un culpable, una persecución y unos caracteres ambientados en el submundo de Perry Mason.

Además de *El céntimo*, ha terminado otras dos novelas: *La empresa*, el caso de un director ejecutivo asesinado, y *La fundación*, sobre el abuso de menores. Otros posibles proyectos conspiran en un carpesano que tiene esta pegatina: «Ideas».

«Por mi experiencia profesional sé que la maldad y la crueldad no solo afectan a los que menos tienen, todo lo contrario: cuando el rico delinque, lo hace a sabiendas. La corrupción es innata al ser humano», maldice, y pronto se corrige: «Pero yo siempre hago que gane el bien».

Se le requiere el significado de bien, a lo que contesta: «Que se haga justicia».

Nuevamente, repite: «Justicia es el medio de hacer cumplir las leyes, aunque sean leyes injustas». Y añade como coletilla: «La cosa está en que sean lo menos injustas posibles».

Demuestra lo que Dumas detalló como «fondo de audacia, ingenio y tenacidad».

«He comprobado que la escritura es terapéutica», finiquita.

El abogado y mosquetero Jesús Marinetto, autor de *El céntimo*, se acomoda en la escritura... y en la música.

«Toco la guitarra clásica.»

Patricia Highsmith /barra/ Narciso Yepes.